



XXI.

EN QUE ARNULFO ARROYO ECHA LA "LOA"
Y FLON UNA EPÍSTOLA.

El gendarme que condujo a la 5^a a Arnulfo Arroyo "entregó su remisión" en la oficina diciendo:

—“Aquí traigo a *éste* de parte del Sr. Vicencio.”

—¿Ya vienes otra vez a darnos guerra?

A esta interpelación del secretario Trillo opuso Arroyo necias alegaciones. Quien daba guerra no era él; eran los jefes de policía que se llevaban en coche a Berlinguez aporreador y mandaban a la Comisaría a Milanes aporreado. Los “guerristas” eran ellos, los que enjaulaban muchachas renuentes en la Canoa. . . . Como éstas y otras manifestaciones salían de una boca que olía a pulque con chinguirito, Trillo se apresu-

CAPITULO ACERCA DE
LA HISTORIA DE
U. A. N. U. I.

ró a hacerle calificar en la Sección médica. Por undécima vez en aquel año y en aquella Comisaría, se expidió en su honor un certificado de ebriedad, "primer período." En seguida pidió Trillo a la Central telefónica comunicación con la 2ª Inspección. Cuando logró abocarse con el Inspector Vicencio le preguntó:—"¿Qué hacemos con Arnulfo Arroyo que Ud. nos consiguió?"—"Guárdenlo allí hasta que se le pase la borrachera!"

Diffícil era llevar a cabo tal orden. En lo que menos pensaba Arnulfo era en salir de la Comisaría por la puerta de la temperancia. Conversando con un auxiliar de la Sección se quejó de "catarro constipado." Le confió sus ideas sobre el tratamiento de su mal según los versos del ranchero:

Contra el catarro,
El jarro;
Si no se quita,
La botellita;
Y si lo sigue moliendo,
Seguir bebiendo.

Lo cual sirvió de preámbulo a una comisión amigable y secreta para que le trajera una "grande" de mezcal *al fiado* de la tienda próxima. Nu-

lo era el crédito de Arroyo en el comercio citadino. Pero tratándose de alcoholes al menudeo un buen número de cantineros establecía en su favor la excepción que confirma la regla. Le fiaban, seguros de que su sed inmensa se ingeniaría para pagarles directamente o llevándoles parroquianos solventes. Vino "la botellita" disimulada bajo la blusa del 49, salió después del bolsillo de Arnulfo cuando fué conducido a "la cuadra." En el camaranchón así llamado y que servía de encierro provisional al género masculino en el fondo del segundo patio, presos y detenidos se echaban al suelo en posturas de bestias como para justificar el nombre del local. Ni una silla, ni una estera; los que no yacían como cerdos en el suelo inmundo, se sentaban sobre los talones como antropomorfos. Arnulfo se mantuvo de pié entre los agachados, la espalda contra la pared de adobe mal encalada. Así, en tiempos mejores, de "sorbete" y bastón, se ponía a sostener un pilar en el portal de Mercaderes. Sus recuerdos de elegancia le hacían intolerable aquella atmósfera de mariguana, orines y peores desechos. Por lo cual, para hacerse sacar de "la cuadra," reñía o se fingía "muy malo" según el humor. Aquel día su humor no estaba por los golpes de amoníaco que le esperaban si se de-

CAPILLA ALFONSO
U. A. N. P.

claraba enfermo. Optó por el separo destinado a los que riñen. Pero reñir con sus compañeros de encierro y miseria le parecía monstruoso. Tanto valía reñir consigo mismo. Su inculto socialismo le llevaba a fraternizar con la recua y asociársela para agredir a los de arriba. . . . Simuló. Resonaron interjecciones en la cuadra. Un gendarme, pegado a la verja, dió voces de alarma. Acudieron otros y el cabo de puertas. Por entre los barrotes vieron a Arroyo agitarse en la penumbra lanzando puñetazos. En realidad, sus brazos batían la atmósfera salobre por encima de sus colegas tirados o en cuclillas; pero la sugestión deseada se efectuó.—“Al separo los rijosos!”—“Aquí está uno: Arnulfo.”—“¿Y el otro?”—“¿Quién sabe!”

El separo, cuartucho de metro en cuadro, ofreció a Arroyo las ventajas de un cubil particular. Allí se entregó varios días a libaciones solitarias. De orden del inspector, el cabo de puertas le visitaba en la mañana, y consultaba con el superior . . . —“¿Lo soltamos?”—“¿Cómo sigue?”—“Ebrio.”—“Entonces dejarlo quieto . . . No soltarlo sino hasta que se le pase. . . . Es la consigna!”

Febil, hambriento, nutrido sólo con el aguardiente y los mendrugos que le pasaban bajo la

puerta presas compasivas, salió del separo a la Sección médica la noche misma de aquel domingo de Agosto en que Velázquez y Vicencio discutieron “el atentado.” Carriles, que dejaba la guardia, le decretó el amoniaco y Flon que la tomó de refresco, le administró una inyección de estriocina. Tonificado por el álcali y el alcaloide, instalado cómodamente en el sillón amarillo, pudo Arroyo “echar la loa” antes de dormir.

En los orígenes la “loa” fué un elogio retórico a la fuerza. El indio recién conquistado hubo de de granjearse la voluntad del amo castellano “echándole la loa.” Después, el mestizo rebelde y guazón tomó al revés la palabra. La “loa” fué en su boca vituperio al señor; le “echó la loa” por antífrasis anagramática en “ola” de improperios.

—“Desgraciados!”

Fué la “loa,” en toda su brevedad elocuente.

Una ley de fantasmagoría verbal hace atribuir a los demás faltas o situaciones propias. Obedeciendo a ella, algunos criminales, convictos de asesinato, han llamado “asesinos” a sus aprehensores. Arnulfo Arroyo se reconocía profundamente “desgraciado,” pero esta idea refleja le irritaba y la emitía en maldición directa. Su desprecio compasivo abarcaba toda la policía

Capítulo 4
U. A. N. U.

circundante. Desde el simple gendarme con su peso diario, hasta el Inspector general con sus 16 para él y 2.50 para sus caballos todos desgraciados!

En lo más alto de esa columna policiaca que sentía gravitando sobre su cabeza, se le antojaba ver al Caudillo dictador. Mal conocía su vida y milagros. Si, en la soledad de su alma leperina, le hubiera observado saliendo de una capa popular subyacente para elevarse al supremo funcionarismo por sangrienta lucha contra fuerzas superiores, se habría inclinado como ante una fatalidad social. Pero el Dictador, visto por él a través de los elogios de una prensa cortesana, despertaba su incrédula suspicacia. Más todavía, le inspiraba odio.

Arnulfo Arroyo detestaba a Porfirio Díaz. Era el odio instintivo del pueblo miserable que se queda debajo contemplando al que sube. Aquella subida se hacía en torbellino, como arrebatado por brazos ávidos de transformar a un jefe de nación en jefe de pandilla. Envolvía el incienso al jefe arrebatado. Ya no veía a sus pies la realidad en sus detalles. Abarcaba sí, planes cuantiosos: mucho fierro en alambres y rieles, mucha plata y bastante oro en las arcas. De sus manos el cuerno metalífero de la abundancia se

derramaba sobre los corrillos incensadores Pero en nada o muy poco favorecía al pueblo miserable.—¿Y a los Arnulfo Arroyo?—En nada que pudiera levantarlos por el trabajo disciplinario. Sólo algunos tecolines para su horrible pulque.

El odio irracional de Arnulfo se explicaba. Era el resultado lógico de una situación en que se engrandecía sobremanera la acción individual de un hombre. Se le hacía aparecer como resumiendo en su persona toda la vida nacional, y en tal virtud, al par que fanatismos de admiración, debía inspirar también fanatismos de repulsión.

De éstos se origina la manía regicida.

El moderno regicidio no necesita reyes para ejercerse. Conserva su nombre por respetos atávicos a los Ravaiillac y a los Clément; pero a falta de reyes, se dirige contra primeros ministros, presidentes de República, especialmente contra los que llegan á condensar en grado hiperbólico la autoridad. Cuando uno de ellos logra hipnotizar la opinión y que a su influencia personal se atribuye toda suerte de bienes: que si la electricidad y el vapor marchan en regla, se debe a él; que si las masas comen, ganan dinero, se visten, se instruyen, escapan a las epi-

CAPITULO ALFONSO ARROYO
DIRECCION DE INVESTIGACIONES
U. A. N. U. 11

demias, es por él . . . Cuanto más se acerquen a la verdad esas aserciones, tanto más se las reuerce por pasiva. Siempre habrá algunos que a la gran suma de bienes generales opondrán una pequeña suma de males, engrandecida por los propios.

—“Yo no estoy por el artículo de que se lleven á las *chamacas* bonitas á la Canoa. Si se las llevan, si yo estoy aquí por defender a una ¿quién tiene la culpa?—Don Porfirio Díaz.”

Así cerró su loa Arnulfo Arroyo en la mañana de aquel lunes de Agosto, amarrado al sillón amarillo en que había pasado la noche.

Acudió Flon, lo hizo desayunarse con una solución de brumuro potásico—tregua compasiva al amoniaco. Le interrogó con interés creciente sobre su aventura por causa de la secuestrada. No cabía duda. Era Elvira!

Al sentir que se la arrebatava el manicomio, le pareció a Flon más interesante bajo el punto de vista médico, porque la inclinación amorosa comenzaba a tomar en él un giro correcto, casi platónico. Resolvió escribirle. Hizo primero un borrador lleno de tarjaduras, tomó en seguida un pliego blanco de a folio, sacó la vieja navaja destinada a rasurar el contorno de las heridas en regiones pelosas; con ella y una regla recortó en

el pliego una esquila menuda. Y se puso a copiar el borrador con escritura galante.

Señorita Elvira Resendis.

Hospital de la Canoa.—Presente.

Señorita:

Profundamente conmovido por su internado en ese establecimiento, no sé si deba permitirme la osadía de declararle . . .

Aquí tuvo Flon que interrumpir su carta metiéndola precipitadamente bajo la carpeta. Entró el hombre de Velázquez, Cándido Cuéllar.

—Ah! que bueno! dijo; aquí está el *señor Arroyo*.

Sus razones tenía Cándido para aplicar al ebrio el tratamiento señorial. Aparte de que lo había conocido de “sorbete” y bastón, traía misión especial para conducirlo a casa de su amo con todos los honores.

El mayordomo expuso al practicante su embajada: afán del Inspector general por encontrar a Arroyo, informe de Vicencio comunicando que estaba detenido en la 5ª, orden de libertad inmediata expedida al inspector de la misma.

—Cuarenta y nueve, desamárralo! dictaminó Flon.

CAPITULO ALEXANDER
U. A. N. U. I.

—También me encargó Don Eduardo que hiciera llegar esta tarjeta al Dr. Sergio, expuso Cándido, dejando una, bajo cubierta cerrada, en manos del practicante.

Poco después, Cándido y Arroyo salían de la oficina hacia el portón.

—Salen? gritó un gendarme sentado.

—Salen! respondió el cabo de puertas.

Ambos se fueron por las calles de Zarco hacia el Sur. Al acercarse a San Hipólito, Arroyo se detuvo temiendo una vuelta a la derecha, al Hospital de dementes.

—No tenga cuidado, señor Arroyo; vamos con Don Eduardo que ahora sí quiere ser su amigo de veras, observó el fámulo.

Doblaron el Portillo de San Diego, encallaron un rato en el cabo de las copas (abarrotes con *bar y free lunch*) y entraron silenciosamente a la casa de las Cariátides.



XXII.

VELÁZQUEZ TENTADOR Y ARNULFO TENTADO.

Aquel lunes, el Inspector Velázquez se despertó, en su cama, de una pesadilla acerba. En su sueño matinal se vió perseguido por los contribuyentes a un monumento patriótico, reclamándole sus cuotas.

Esto se relacionaba con una subscripción pública organizada por él recientemente bajo el patrocinio del General Rocha para erigir una gran estatua a Don Benito Juárez. El monumento no se hacía, ni se exhibían los fondos. En vano Velázquez, para calmar a sus perseguidores, les echaba en pasto el nombre popular de Sóstenes Rocha. . . . Se puso a huir, con los piés de plomo clavados en el colchón. Volvió la vista atrás y vió su casita de las Cariátides ar-

CAPILLA DE SAN JUAN
U. A. N. H. I.

diendo: ardían el ajuar del salón, sus muebles y ropas nupciales, todo incendiado por los contribuyentes. . . . Se vió pobre, destituido del alto puesto, tendiendo la mano a una señora, de las que valen para ganar empleos.

La angustia le despertó, y reconociendo la ilusión soporífera, se alargó en la cama, contento. ¡No había nada de lo soñado! Los contribuyentes a monumentos patrióticos son de tan buena pasta como los que se inscriben en listas de socorros para las víctimas de guerras, temblores., etc. Que el monumento no se levante o que las víctimas no reciban más que la centésima parte de lo suscrito ¿qué importa eso a la vanidad satisfecha de unos donantes, a la conciencia intranquila de los que la descargan de sus propios robos impunes dejándose robar en nombre del bien público?

El Inspector saltó de la cama. Mientras se vestía de paños menores, hacía el balance mental de su fortuna y la encontraba exigua. La casita de las Cariátides en que vivía, mal acabada; otra casita de barrio tan poco productiva como una tercera en la Villa de Guadalupe; y era todo!

El Inspector fué al lavabo. Restregándose la cara enjabonada, computaba sus réditos posi-

bles. ¡Apenas para vivir con frijoles y tortillas! Se pasó el pantalón, se ligó los botines pensando en lo que perdería si, despojado de “la política,” se atenía a sus casitas. Ya no más género inglés ni calzado americano de a doce pesos; simple casimir del país, simples borceguíes nacionales, puntiagudos, de a tres cincuenta. . . . “¡Qué horror!” Se envolvió en su bata granate recordando una frase del Vautrin de Balzac traducida libremente al español: “Joven! hay que penetrar en la masa social como una bala de cañón o infiltrarse como la peste.”—Nada de peste, se dijo; yo entraré como bala!

Es notable la influencia ejercida en ciertos cerebros por frases de novela. La paradoja romanesca se concreta, adquiere la fuerza impeniente de una idea salvadora. Velázquez, agarrado al empleo, decidido a explotarlo y acrecerlo, era el cañón dispuesto a la carga, pidiendo bala.

—Señor, aquí traigo a Don Arnulfo Arroyo.

—Buenos días, Arroyín, borrachín! Vamos. Arnulfo, pasa a lo barrido, siéntate. Vas a acompañarme al desayuno con una taza de café. . . . nada de copa! Se trata de algo serio. . . . café puro. . . .

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. U.

—Café puro no sabe a nada. . . . Una rociadita!

—Vaya con la rociada! Aguardiente simple número 1. Cándido, *aspersiónalo!*

No era Cándido uno de esos mayordomos gramaticales que hacen objeciones a los neologismos del amo. . . . Al borde de la mesa-escritorio vinieron el chocolate con molletes para el Inspector, la taza de café aguardentoso para Arnulfo.

—Se trata de algo serio, borrachín!. . . digo: Arnulfo, mi ex-amigo; porque éramos amigos antes de tu “bruja”. . . . ¿Te acuerdas de nuestras cenas en la Concordia y de aquellas encajonadas con gachupinas en los gabinetes de arriba? Entonces eras un dandy. Grababas tu nombre en los espejos con el brillante de tu sortija. Hasta un día se pelearon por tí la valenciana y la gallega . . . Un gran tipo y de porvenir. . . . ¡qué lástima! ¿Cómo te dejaste caer tanto? ¿Quién te conocería con esa camisa sin cuello, desabotonada?. . . . Y sin embargo, no estás todavía tan. . . . perdido que no puedas levantarte. . . . De menos nos hizo Dios!

El chocolate corría a su fin en sopas dobles, no tan aprisa como el café rociado de alcohol.

El Inspector cruzó una pierna sobre otra, bajo su bata granate. Continuó:

—He estado pensando en tí con el fin de sacarte de esa miseria que te agobia. ¿Quieres rehacer tu posición?

Arroyo cerró el ojo derecho y miró a su interlocutor con el izquierdo.

—Tu “bruja” es tan completa, estás de tal manera perdido, que no existe más que un hombre en la República capaz de salvarte. Ese hombre ¡es claro! es el más poderoso del país. ¿Quién si no el Caudillo? ¿Quieres que te sirva?

Arroyo cerró el ojo izquierdo y abrió más el derecho.

—No es pidiéndole ni elogiándole como obtendrás algo. Son recursos gastados. A un hombre como él, le piden tanto y tantos que acaba por no dar sino a los que parecen rehusar. Los elogios le aburren, a fuerza de oírlos todos los días y a todas horas. Por lo cual, los ataques le distraen casi con agrado. ¿Quiéres llamar sobre tí su atención? Atácalo!. . . Podrías escribir o hacer escribir un suelto o pasquín y firmarlo. Hablarías de dictadura, tiranía, etc. Pero no! Esos ataquitos de prensa apenas te servirían para mantenerte unos días en Belén a costa del Gobierno —lo mismo que cuando te pasan allá por ebrio.

COPIA AL FONDO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. U.

Necesitas un ataque directo, imponente, sensacional, algo como una bomba al paso del Caudillo. . . . No te espantes; bay bombas y bombas. Se puede hacer una *de mucho ruido y pocas nueces*; estruendosa, pero no mortífera. . . . Valor te sobra, ¿quieres echársela?

Arnulfo abrió muy grandes los dos ojos.

—Sí que será mortífera. El matado seré yo!

—¿Quién te ha de matar?—No el Caudillo. Ese te haría fusilar por algo que significase pronunciamiento, pero por un hecho aislado se encoge de hombros. Está muy fuerte! Los fuertes como él se ríen y hasta se apiadan de las rebeldías débiles. Le gusta abrumar de bondades al enemigo impotente.

Es su *réclame* de magnánimo. ¿No has leído en sus "Memorias" aquel pasaje en que refiere cómo trató a un tal Escamilla que, siendo Prefecto del Imperio, ofreció una buena recompensa al que se lo entregara vivo o muerto, a poco de su evasión del Carolino?—El 2 de Abril, Escamilla cayó prisionero de Porfirio Díaz en Puebla. Podía fusilarlo conforme á la ley, y no sólo lo indultó como a tantos otros, sino que lo puso en libertad inmediata. Después lo hizo diputado. No es el único caso. Hay muchos Escamillas. Han salido quién sabe cuántos preten-

diendo haberle atacado ferozmente para merecer sus favores. . . . El feminismo no se queda atrás en este movimiento; surgen por doquiera hijas de Escamillas fusilados, que le piden empleos, hasta en *soleá*. . . .—A mi padre lo fusilaron—¿Porqué?—Porque se pronunció contra Ud. . . .

Por lo cual se necesita
Soleá!

Que coloque usted a la hijita
De papá. . . .

Tú también serás Escamilla! ¿Conque le echas la bomba?

—Pero si él no me fusila, otros me *lincharán!*

—“Te lincharán!” replicó Velazquez pensativo, mesándose el bigote, húmedo de chocolate. Volvió a la persuasión:

—Aunque te quieran *amol*ar, no podrían. Por de pronto, un médico legista te declarará irresponsable; después otro certificará que ya sanaste de tu chifladura . . . y a gozar! Te haces personaje célebre.

—Bueno, sí! ¿Cuándo damos el golpe? De pensarlo se me revuelve el estómago. . . . No me caería mal una chica de anisete.

—La tendrás. Y tendrás también el apoyo y

consejo de amigos que entrarán en la combinación. Tú atacas (serás mi bala de cañón); nosotros salvamos al Presidente y te subimos. . . . Te vamos a levantar del lodo!

Esto último lo dijo el Inspector inclinándose como para recoger algo caído, luego se irguió cuan alto era, se ajustó más ceñida la *cordelière* de su bata granate.

—Señor, dice el Sr. Tecla que si puede entrar, manifestó Cándido asomando la faz.

—Tráele a éste una copa de anis del mono, dile a Tecla que espere y entiéndete por teléfono con la 5ª para que me llamen al Dr. Sergio (rarito! rarito!) y al practicante Carriles; digo el Dr. Carriles, recién recibido (vaya un chico listo!) Hay que hacerlos entrar en la combinación.

Aparte, con acento inspirado:

—También a Penequez! Ese me cargará el cañón.



XXIII.

CARRILES "SE RECIBE."

Era verdad. Carriles conjugaba en primera persona de indicativo el verbo reflexivo "recibirse." *Yo me recibiré, me recibo, me recibí.*—"Y qué? ¿Porqué *me recibí?*"—Porque di un salto mortal en la vida escolástica, y me recibí a mí mismo, sin aplastarme (virtualmente) el encéfalo! Vaya una auto-recepción!"

Sarcástico para los otros como para consigo mismo, el nuevo médico se complacía en recordar las tretas puestas en juego para salir airoso de su examen general. Fué la primera una recomendación del Inspector Velázquez para el Dr. Cariega, sinodal encumbrado; y no propiamente para Cariega, sino para su señora; y no directamente para la señora de Cariega, sino pa-

CAPITULO 4
CARRILES "SE RECIBE"
U. A. N. 11